**DOMINGO DE LA SAGRADA FAMILIA-ciclo b**

El domingo después de la Solemnidad de la Navidad celebramos en la Iglesia la fiesta de la Sagrada Familia de Nazareth. Y en el evangelio de Lucas, que es el que leemos hoy, encontramos a José, María y el Niño Jesús en un momento especial: la presentación del Niño en el Templo. Momento muy importante vivido en familia, pero sin invitados. Ubiquemos el texto. Habían pasado ya ocho días del nacimiento del Niño y sus padres lo habían llevado a circuncidar. Con este hecho Jesús entra a formar parte oficialmente de la religión judía. Después de esto, y es lo que dice el texto de hoy, viene el tiempo de la purificación. Este es un rito que exigía la Ley de Moisés, el cual está explicado en el libro del Levítico (12). Según este rito, la madre que había dado a luz un varón debía ser purificada durante cuarenta días. Terminado este tiempo, puede llevar al niño a presentarlo al templo junto con el ofrecimiento de los dones. María y José llevan a Jesús al templo para ser ofrecido a Dios. Y junto con esta presentación también ofrecen un par de tórtolas o dos pichones de paloma. Estos dones eran propios de la gente pobre, de los que no tenían medios para conseguir un cordero o una oveja. Esto nos da a entender que María y José eran pobres, pero también significa que no era necesario otro cordero porque Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Este gesto de ofrecimiento del hijo tiene un significado muy profundo, porque los padres reconocen que el niño pertenece a Dios y no a ellos. Un gesto de desprendimiento muy profundo que no era sólo un rito legal judío. Presentar al hijo para que Dios haga de él lo que sea necesario; ponerlo en sus manos para que sea protegido en toda dificultad; encomendarlo a la custodia de Dios; y sobre todo dejar que Dios lo elija, lo ilumine y lo prepare para cumplir su misión en la vida. Los padres ponen al niño en manos de Dios pero no se desentienden de su crecimiento físico y espiritual. El gesto que hacen María y José es importantísimo, porque renuncian ellos a hacer de su hijo lo que ellos quisieran, para que sea Dios quien decida sobre él. Con este gesto ellos se ponen a disposición para realizar el sueño de Dios. Y aquí se produce un gran misterio: cuando una persona se pone a disposición de Dios, sin darse cuenta se encuentra insertada en un plan desconocido que será mucho mejor que aquél que soñaba. Y encuentra más alegría viviendo el sueño de Dios que el propio sueño.

En el texto aparecen dos personajes que podrían parecer un poco extraños. Sólo aparecen en este momento por única vez: Simeón y la profetisa Ana. Ambos eran ancianos y con características parecidas. Simeón era justo, piadoso y esperaba ver la luz de Jesús. Ana era viuda, no se apartaba del templo para orar y servía a Dios día y noche con ayunos y oraciones. Ambos alababan y daban gracias a Dios por haberles permitido ver al Mesías. Ambos vivieron sus vidas sólo para llegar a este momento: ver a Dios. Este era el sentido de la espera: todo lo vivido entra en segundo plano cuando se espera algo que es superior. Y es justamente en el momento de ver a Jesús cuando todo cambia, todo toma un nuevo rumbo, un nuevo esplendor, una nueva mirada de la vida. Quien se encuentra con Jesús vive esta experiencia y no la puede olvidar nunca más en su vida. En este caso que presenta el texto, es un momento especial. Pero todos nosotros tenemos la posibilidad de vivir esta experiencia cada día, cada instante de nuestras vidas. El momento especial es hoy. Quien espera el momento perfecto o ideal, se queda esperando.

María y José no dicen nada, y se admiran de las cosas que escuchan tanto de Simeón como de Ana. Simeón dice que Jesús será causa de caída y de elevación…será signo de contradicción. ¿Caída de quién? De aquellos que no lo reconocen. ¿Y elevación? De aquellos que lo buscan y lo siguen. En nosotros, Jesús produce la caída del pecado y la elevación de nuestra alma al amor de Dios. Jesús fue signo de contradicción. Esta palabra significa que Jesús será todo lo opuesto al odio, a la venganza, a la vanidad, a las envidias, a los deseos de poder, al enriquecimiento injusto, a todo tipo de abuso sobre la persona. Y aquí viene la enseñanza. Nosotros, cuando fuimos bautizados, nuestros padres nos presentaron a Dios y a la comunidad eclesial: desde ese momento ya tenemos una comunidad que nos recibe y se compromete a ayudarnos a crecer en el amor. Por lo tanto, también desde ese momento, somos llamados cristianos, otros Cristos, para ser justamente signo de contradicción en un mundo que ofrece otros valores, otras metas.

La Iglesia está llamada a ser nuestra familia: allí hay padres, madres y hermanos que nos fortalecen en el amor, que nos preparan para ser un signo de paz, de humildad y de caridad fraterna. Y para que la Iglesia sea una familia, depende de cada uno de nosotros, porque a medida que pasa el tiempo, dejamos de ser hijos para convertirnos en padres y madres de las nuevas generaciones. Y cuando digo Iglesia no me refiero sólo a la jerarquía eclesiástica, sacerdotes y religiosas, sino también a mi hogar, a mi grupo de amigos, a mi equipo de trabajo, a mis vecinos del barrio, a mi comunidad religiosa, a mi grupo de deporte. Ahí soy llamado a prolongar la Sagrada Familia de Nazaret.